

Un poeta de secano



HACE ya cuatro años que murió el poeta **César Simón**. El guirigay de la actualidad colabora en su olvido, pero su figura se agranda día a día como uno de las poetas españoles más estremecedores del siglo XX. Vivió sin honores, sin premios oficiales, sin relevancia social. Nunca los ambicionó, y además era un inepto para el compadreo y el tejemaneje publicitario. El ágora no es para mí, decía. Nunca estubo en el sitio adecuado o en el momento justo para agarrarse al triunfo que pasa, al menos una vez en la vida, delante del artista valioso.

La semana pasada, un centenar de amigos y discípulos se reunió en el colegio Lluís Vives para leer los versos de César y evocar su aire de sabio despistado, profesor olvidadizo y persona ensimismada. Tenía fama de vivir en las nubes y por la calle andaba como extraviado, pero advertía lo que casi nadie ve. Quizá iba a destiempo en todo, de hecho hasta los cuarenta años no publicó su primer libro, algo insólito, pues la poesía es una infección que se contrae en la pubertad —viene con el acné o la primera regla—, o ya no se padece nunca. El poeta fue fiel a su amarga visión existencialista de la vida, cuando ya sus colegas amaban la belleza de la arruga posmoderna y envolvían su alma con metáforas livianas. En fin, los periódicos madrileños, esos que dictan el canon y escancian la fama a todo el país, lo ignoraron. Al final de sus días, no obstante, se le concedió el premio poético Loewe, ¡oh ironía!, a él, que era un tipo machadiano, caminante solitario y desaliñado en el vestir. Su tarea era descubrir siempre el sentido oculto de las cosas.

César Simón fue un poeta de secano, y, por lo tanto, un valenciano raro. En su homenaje, el profesor **Guillermo Carnero** recordó la hostilidad histórica entre la Valencia serrana y la huertana, cuya expresión más tremenda puede cifrarse en aquel grito de guerra con el que el general **Cabrera** arengaba a sus palurdos montañeses: «¡*Matadlos, que son de regadío!*» En literatura, sin embargo, tal guerra nunca existió. Una reciente antología demuestra que desde **Ibn Khafajá** de Alzira hasta hoy no ha habido poeta en esta tierra que se haya resistido a describir la huerta como si bordara un rico vestido de fallera o bien representarla para expresar la sensualidad de los sentidos. El huerto valenciano ha servido para enmarcar el mito del edén, allí donde se vive para el placer y la dicha. Hasta los escritores más trágicos, como **Brines**, hablan del naranjo, la luz que arde, el aroma del huerto y el mar de Oliva para explicar lo que la vida tiene de percedero esplendor. Un prosista como **Manuel Vicent** supera su nihilismo de fondo con loas a los placeres campestres, frente al paisaje de Dénia, degustando adjetivos como si fuesen gambas rayadas. César Simón fue más desolado que ninguno, y para expresar su desamparo y estupor enmarcó su pensamiento en el campo pedregoso de Villar del Arzobispo, la tierra sin agua, los matorrales, la casa modesta con losas de barro y el cuarto deshabitado. Se definía como un «*poeta de senderos y espacios vacíos*».

Es evidente que el mundo intelectual cada vez tiene menos influjo en la sociedad valenciana. Bueno, y en todas partes. Es explicable: la gestionarían mal. Con frecuencia, los que piensan no actúan, o no saben actuar, y los que actúan no piensan. Sin embargo, los que cortan el bacalao —empresarios, constructores, políticos...— harían bien en escuchar otras voces. César Simón sostenía la teoría de que el poeta y el sabio son los oligoelementos de la sociedad, es decir, como esas minúsculas sustancias químicas cuya desaparición causa un efecto catastrófico en los seres vivos.